

## ROMA

Al fin, pues, en Roma.

Ayer visité el Capitolio, el Foro Romano, las termas... Pero dejemos todo eso para después, y vamos á la impresión protagonista : ayer vi á León XIII.

¿Quién puede detenerse á hablar de monumentos cuando acaba de ver al Papa?

A ti también es lo que más te interesa ; estoy seguro.

Cúpome la suerte de que, al día siguiente de mi llegada, se celebrase la beatificación de cinco siervos de Dios, del orden dominicano, mártires y confesores que la Iglesia elevaba solemnemente á los altares ; y tuve la no menos grande fortuna de obtener billete para ocupar un sitio de preferencia, que me permitiría presenciar de cerca el acto.

Pasemos, pues, por sobre todo, y vamos al Vaticano. Ni siquiera me detengo ahora á hablarte de la gran basilica de San Pedro : temo que pase la frescura de mi última impresión.

La guardia suiza, con su pintoresco uniforme negro y amarillo y su casco de bronce con lacio penacho de crin blanca que lo cubre ; los alabarderos y los zapadores de alta talla y colosal morrión de piel negra ; la hermosa escalera de grandísima extensión en línea recta, de amplios peldaños y suave declive ; el gentío que sube por ella y se ve hasta allá arriba, lejos, como un camino de hormigas que tuerce por fin á la izquierda y entra en una puerta ; los guardias pontificios formados en compañías, con el fusil al brazo y los oficiales al frente, en el vestibulo que precede á la *Loggia de la Benedizione* en que ha de celebrarse el acto, todo pasa en mi memoria que se fija sólo en su grande impresión : León XIII.

La *Loggia de la Benedizione* es la extensa capilla de una nave, que ocupa todo el espacio que está sobre el gran vestibulo de San Pedro : sus ventanas son, pues, las que forman el segundo cuerpo del frente de la basilica. Al entrar yo á la capilla, que estaba ya completamente llena, su efecto era sorprendente : sobre el altar mayor se veía un transparente rodeado de nubes y ángeles é iluminado por detrás vigorosamente, de modo á formar en el centro una especie de gran ojiva de luz amarillenta y dulce, concentrada en la superficie de la tela ; sobre ésta, artísticamente colocadas, se veían las cinco imágenes de los mártires, en actitud de adoración y éxtasis.

Cinco círculos concéntricos de arañas de bujías rodeaban el cuadro de millares de luces que, arrancando de ese deslumbrante foco, se extendían por toda la cornisa de la capilla, formando á esta una aureola resplandeciente.

A ambos lados de la *Loggia*, dos órdenes de palcos ó tribunas, á la sazón llenas de gente; en el plano de aquélla se abría un camino central, por el que adelanté, atravesando la capilla, hasta ocupar mi puesto á la derecha y cerca del altar mayor.

La gente esperaba ansiosa; era ya la hora en que debía comenzar la ceremonia. Por la puerta principal, por la que yo habia entrado, debía entrar el Papa, y atravesar la iglesia hasta un reclinatorio cercano al tabernáculo.

Por fin se sintió ese rumor de la multitud que se comunica la llegada de lo que espera, que se adelanta, y se aprieta, y se empina para ver mejor; que quiere apresurar el instante. Yo no veía lo que pasaba allá lejos, en la puerta de entrada; pero, después de un corto espacio de silencio, senti que penetraba en mis oídos y en mi alma, una aclamación inmensa, estentorea: ¡ *Viva il Papa!* gritaba la multitud; ¡ *Vive le Pape Roi!* ¡ *Viva il Papa Re!* resonaba en todos los ámbitos de la capilla. Las señoras agitaban los pañuelos como poseídas de un vértigo; los hombres alzaban las manos repitiendo el apasionado; ¡ viva! cada uno en su lengua.

Imaginate el efecto de esa explosión, inesperada para mí, en medio de aquella atmósfera sagrada.

Yo no veía aún al 'Papa; pero sabia por dónde venía, por la dirección de las miradas y manifestaciones delirantes que partían de las tribunas altas y se dirigían hacia la calle central del templo. Yo esperaba, para verlo, el momento en que pasara frente á mí, después de desfilár los guardias nobles, los camareros secretos y el colegio de cardenales que le precedían.

Por fin está ahí Leon XIII vestido de su sotana blanca y su muceta roja orlada de oro; pasa á dos metros del sitio que yo ocupo.

Me parece pequeño, menudo, muy fino, muy pálido; su cabeza blanca y cubierta por un solideo, blanco también, aparece entre las cabezas del grupo en cuyo centro viene; los mechones de cabellos blanquísimos le rodean la frente como una aureola de nácar desflocado; camina agobiado pero con paso firme, corto y casi apresurado; levanta la cabeza, que se hunde por ese movimiento hacia atrás en la muceta de terciopelo escarlata que cubre sus hombros, y dirige la mirada viva y movediza á una parte y á otra de las tribunas que lo aclaman; trae el brazo levantado en actitud, al parecer, de bendecir, y al mismo tiempo de sofocar ó moderar benévola-mente aquellos estallidos de entusiasmo y de amor que lo circundan y reclaman por todos lados sus mira-

das; sonríe dulce y gravemente; parece el padre ó el abuelo muy anciano que es recibido en triunfo por sus hijos pequeños. Estos se aprovechan de su inevitable tolerancia para turbar con sus voces y saltos el orden de la casa.

¡Viva el Papa! continúa la multitud.

¡Viva León XIII! ¡Viva el Papa-Rey!

Es un estallido constante, un desborde de las almas por los labios, un tronar no interrumpido del corazón. Me parece, francamente, que la capilla se tambalea.

Es un grito de entusiasmo, de pasión; pero lo que en él predomina es la ternura, evidentemente; en ternura esta empapada su vibración. Se oyen gritos que parecen sollozos; otros [que se quedan estrujados en las gargantas, que casi no brotan, á pesar del ademán frenético del que lo siente dentro de su alma y quiere echarlo fuera. Cada hombre se cree allí solo con el Papa, no se preocupa de su vecino, y procura adelantar la cabeza, los brazos, la voz, el corazón.

El Papa llega, por fin, á su reclinatorio; se arroja, y apoya la cabeza en sus manos pálidas.

El más completo silencio vuelve á reinar en el templo.

En mi alma sigue resonando el eco de la tempestad que aún parece flotar en el silencio.

León XIII está allí, á seis pasos del sitio que yo ocupo. Su actitud hace que me parezca más agobiado, más anciano; que su cabello blanco se proyecte más enérgicamente sobre el escarlata obs-

curo de la muceta orlada de oro y armiños. El Papa reza en silencio.

Yo devoro con los ojos aquella cabeza blanca, hundida entre las manos.

Entretanto, el sacerdote oficiante entonó el rosario en latin.

El pueblo contestaba en todas las lenguas del mundo: todos sentían, sin duda, la alegría de estar rezando con el Papa, en su compañía, como en grupo de familia. Aquí se oía el dulce *prega per noi* del italiano; allí el solemne *Our father who art in heaven* del inglés, el *que votre volonté soit faite* del francés, el *hágase tu voluntad* del español, y el del alemán, y el del polaco, y el del ruso.

Y todos están unidos en la misma fe, en la misma esperanza, en el mismo amor; todos unidos en la misma fórmula sagrada, en esa fórmula divina en que nadie dice *yo*, en que nadie dice *Padre mio*, sino *Padre nuestro*, dulce grito de fraternidad humana, bajo la paternidad del Padre celestial; todos están agrupados al rededor de aquel viejo de sotana blanca, y roja muceta orlada de armiños, que ora arrodillado en el centro del mundo; todos proclaman y alaban á Jesucristo, soberano Señor de la creado, hijo de Dios y de la dulce Virgen de Judea corredentora de la humanidad, á quien aquel pueblo llama una y cien veces, unido al arcángel y participando de su alegría:

*Salve, oh tú, la bendita entre las mujeres; glo-*

*ria á ti, oh Maria, oh la llena de gracia; á ti, consuelo de los afligidos y estrella de la mañana.*

¡ Qué hermosa, qué humana es esa repetición, una y cien veces, de la misma fórmula en nuestros rosarios !

Creo que, en el cielo, ese rumor monótono tiene un nombre: debe llamarse *la lluvia de la tierra*.

¡ Y va tanto de aquí para allá en cada gota ! La una va impregnada en la pura inconsciencia de un niño; la otra en la honda meditación de un sabio; la una tendrá el ágrío de la lágrima; la otra el brillo de la risa, y el de la esperanza, y el del consuelo.

« Lluève de la tierra », dirán allá arriba, cuando nuestros crepúsculos sellen de rosarios que salen de las iglesias y de los hogares felices ó desgraciados, para unirse á las campanas; que salen de las almas atribuladas, y las consuelan, como salen las gotas de lluvia de la nube cargada, y la disipan; que brotan de las alegres, y encienden en el aire las acciones de gracias como estrellas que se van.

Pero el rosario que yo oí ayer, al rededor de León XIII, tenía un sello propio; me parecía que todos los que se decían en el mundo, giraban en torno de él como los planetas al rededor del sol, como los átomos del remolino en torno de la fuerza rotatoria que los mueve y los empuja hacia el vértice.

Terminado el rosario, que me pareció muy breve,

se expuso el Santísimo Sacramento á la adoración del pueblo.

Un cardenal quitó al Papa el solideo blanco; otro le presentó un incensario de oro.

León XIII, de pie, con la cabeza descubierta, que aún me parece ver limpia, transparente, con el cabello crespo un poco en desorden al dejar de ser ajustado por el solideo, arrojó el incienso en las áscuas, y la columna de humo, simbolo de la oración y del acatamiento, se elevó al cielo.

El sumo sacerdote, con el incensario en la mano, fué con paso firme, desde su reclinatorio, hasta el altar; se arrodilló y ofreció al Dios vivo la adoración simbolizada en aquella nube de humo que, envolviendo al pontífice, y al altar y al tabernáculo, subió hasta las efigies de los mártires del trasparente radioso, y se difundió por el templo, pasando por sobre todas las cabezas inclinadas ante Dios.

La impresión de ese cuadro será indeleble en mi memoria. Yo alzaba á intervalos la mirada, y distinguía entre el humo, ya el brillante sol de oro que contenía el Pan en que Dios respira, y palpita, y vive: la divinidad de la substancia en la pálida especie del trigo; ya el brazo vestido de blanco del pontífice que alzaba en alto el incensario de oro, su cabeza descubierta, hundida hacia atrás en la muceta carmesí, el vigoroso perfil de su cara casi en éxtasis.

Todo lo demás habia desaparecido á mis ojos. En aquella columna de humo perfumado, mucho más que en la nube misteriosa que guiaba á Moi-

sés en el desierto, más que en la que envolvió la cumbre del tronante Sinai, flotaba el hálito de Dios, su comunicación directa con su elegido, su voluntad y su ley, su redención y su amor.

Yo oraba, prosternado ante la misteriosa nube de la nueva era, en cuyo seno estaba el misterio.

La oración cristana, desde la puramente vocal, hasta el éxtasis ó anonadamiento de los santos, tiene infinitas gradaciones, como los colores medios del iris, como los matices del verde en el bosque: los unos se identifican con el celeste diáfano, los otros se funden con las tierras, y todos constituyen la armonía.

El alma se hunde más ó menos en la inmortalidad de sí misma, abandona más ó menos los sentidos: concibo que llegue á abandonarlos por completo ó á arrebatar el cuerpo suspendiéndolo. Las sensaciones se van alejando mucho; la música del órgano se desvanece en la distancia; los ruidos de nuestro lado se borran; va quedando solo el zumbido de nuestra propia circulación en los oídos. Todo calla por fin: las emanaciones del alma que cree pasan por el pensamiento en ráfagas intermitentes; pasan hacia arriba, dejándonos la vibración de sus alas.

La fé se vigorizaba en mi alma, cuando yo oraba cerca de León XIII, y también la esperanza y el amor.

Buscaba forma para hablar con Dios, y acudía

á mis labios, con su comprensión inagotable y misteriosa, la fórmula que nos enseñó el Maestro: el grito al Padre, al Padre que está en los cielos; el ansia de su gloria y de su reino, y de su gracia, y del cumplimiento de su voluntad soberana; la súplica del pan, sobre todo del pan vivo, bajado de lo alto como prenda del divino amor; y la dulce demanda del perdón, con la protesta, más dulce aún, de haber perdonado y de estar dispuesto á perdonar siempre; y el clamor del hombre que pide á Dios refugio contra la tentación y el mal, sitio en el cielo para guarecerse de las tempestades de la tierra.

Allí flotaba en mi alma tu memoria; yo pronunciaba tu nombre, y el nombre de nuestros hijos uno por uno, y el de nuestra patria, y el de todos los que quisimos y nos precedieron en la otra patria sin fronteras. Y todo eso iba á la nube que brotaba del incensario de León XIII; y todo envolvía el tabernáculo como haciendo violencia al mismo Dios; y todo se elevaba y se hundía en lo ilimitado. Y allá ha quedado. Estoy seguro de que algún día lo encontraré.

Yo entonces sentía una lágrima que se hinchaba en mis ojos; y cuando, terminada la ceremonia, volvió el Papa á cruzar la iglesia, recibiendo primero los homenajes de los cardenales y demás personas que lo acompañaban, y después las aclamaciones del pueblo que nuevamente lo victoreaba, y

agitaba los pañuelos, y pugnaba por romper el círculo de los guardias para arrojarse á los piés del anciano, yo miraba casi impasible, al través de mis ojos anublados, á León XIII, que iba ganando terreno lentamente entre la multitud y desapareció entre ella; á la multitud misma que se agitaba como miés sacudida por el viento, y su dispersión, al fin, en las amplias galerías del Vaticano

## ROMA

Una pincelada, una sóla, quisiera enviarte que te sugiriera mi primera sensación del interior de la basílica de San Pedro.

Pero como es esta una sensación luminosa, necesita su fondo propio.

¿Recuerdas la catedral de Sevilla? ¿Recuerdas que yo vivía en ella la mitad del día cuando visitamos la ciudad del Guadalquivir?

Ese era el tipo de gran catedral que yo traía en la mente cuando, en este mi primer viaje por Europa, fui ávidamente á conocer á San Pedro: hileras de columnas góticas, agrupadas, casi negras, que suben como haces de saetas disparadas de muchos puntos del suelo, y se encuentran allá arriba, muy arriba, formando los enérgicos nervios de la bóveda, que parece el interior de un largo cráneo humano desenterrado; ojivas envueltas en medias tintas; luces de colores vagos y flotantes; ventanales radiosos é irisados, abiertos en honduras de claridades dudosas; antiguas rejas negras, vene-

rables; coros situados en el centro de la nave, dentro de sus altas verjas de hierro oxidado, y con sus maravillosas sillerías esculpidas en maderas duras; grandes facistolos y candelabros de bronce; sepulcros antiguos de piedra en el centro ó á los lados de las capillas, y sobre los cuales están tendidos arzobispos con su báculo y su libro en las manos, ó arrodillados, inmóviles, con las manos juntas, hombres vestidos de armaduras ó ilustres damas de piedra; losas sepulcrales en el suelo con inscripciones en caracteres góticos casi borrados; cuadros admirables que, para ser vistos, necesitan una pupila largo tiempo habituada á la media luz; figuras de granito con las cabezas hundidas en la sombra del doselete calado; esculturas raras, venerable vetustez, rincones misteriosos, amplia, y oscura, y flotante soledad.

Eso, en mayores proporciones, con mayor prestigio y en estilo greco-romano, en vez de gótico, esperaba yo encontrar en la basilica tres veces secular de San Pedro, según las descripciones que habia leído; y eso fué lo que comencé á sentir al llegar á la gran plaza en la cual, ya las antiguas losas de piedra del pavimento, ya la vieja y grandiosa columnata circular que la rodea, ya el obelisco que se eleva escueto en el centro, levantando su cruz de hierro, ya el frente mismo de piedra oscura de la basilica, sentada con severa serenidad allá en el fondo como una reina anciana, sugieren la idea de lo vetusto, unido á lo grandioso, tienen musgo en las suturas de

los sillares, aristas rotas ó desgastadas, humedad negruzca.

Yo, pues, ó no he sabido leer, ó mi preocupación era incommovible, ó nadie habia sabido darme idea del interior de San Pedro.

Cuando retiré la pesada cortina de la puerta central y, ya en la nave, levanté la cabeza, una explosión de inesperada claridad, de brillante amplitud sonriente me deslumbró. Aquella bóveda de relucientes casetones dorados, sostenida por pilastras y arcos de mármol blanco y brillantísimo, é inundada por la luz de los inmensos ventanales clarísimos de vidrios esmerilados, color de leche aguada; aquella excelsa curva no limita el cielo; parece que lo hace descender.

Eso no puede tener tres siglos. Así no sonrien los ancianos

Ese inmenso espacio determinado por la redondez nítida y sencilla de las bóvedas y de la cúpula no encierra, da libertad.

Allí no hay nada oculto; todo va apareciendo á primera vista, brillante, sencillo, inundado de luz natural, luz meridiana de cielo; todo aparece á medida que se avanza en la espléndida nave hacia la cúpula.

Son unas cuantas líneas purísimas que ondulan en el espacio como cintas de oro y mármol; que corren por el arquitrabe, el friso y la cornisa; se abrazan en el anillo en que reposa la cúpula, y siguen, siguen serenas y nobles, difundiéndose sin interrupción hasta los extremos del crucero y del ábside.

Y de aquel anillo sencillísimo, al que convergen las curvaturas de las cuatro bóvedas; de aquella base tenue de cinco líneas puras, entre las cuales se lee el *Tu es Petrus*, arranca con flotante solidez y sube, y sube, ya perdida la idea de dimensión, la curva solemne de la cúpula de Miguel Angel.

Las líneas de los arcos que sostienen el cornisamento y la bóveda, se apoyan en los chapiteles de los pilares y se lanzan al espacio en busca del otro chapitel, leves é ingenuas, como si sonrieran para demostrar que no sienten el peso que sobre ellas gravita. Los ángeles de mármol recostados en esas tenues curvaturas á ambos lados de la clave de los arcos, descansan tranquilos, y parece que se asoman y miran sonrientes hacia abajo para gozar con nuestro extático asombro.

No se mira más que eso: líneas ilimitadas que flotan en ilimitada luz. Yo no podía ver detalles; la zarpa del conjunto se había clavado en mí: la belleza tiene también algo de la fiera.

La iglesia es inmensa; pero, ó las líneas se achican al ajustarse á sus maravillosas proporciones, como el sonido agudo se suaviza en el acorde y el ritmo, sin perder su intensidad, ó uno se agranda cuando respira aquel aire.

Allí no hay nada enorme; nada que agobie; allí nada se hunde, nada surge: nada material es protagonista, á no ser la luz.

Es como la firme é indiscutible conciencia del

poder y de la fuerza que en nada se manifiesta, y que parece decir sin énfasis: *soy, porque soy.*

Se diría que un arquitecto y algunos escultores gigantes de un planeta mayor que el nuestro se propusieron construir y decorar una iglesia del estilo de las de nuestra tierra, muy pequeña con relación á ellos y á su mundo, como si cincelaran una joya, un juguete sideral; y, terminada la obra en pocos días, allá en su astro nativo, la bajaron á la tierra, á fin de que los hombres, al caminar bajo la cúpula, se convencieran de lo pequeños que son, y de que sólo Dios es Dios.

Todo allí es nuevo, reluciente, virgen; no hay una arista cascada, ni una losa desgastada. Todo brilla: mármoles de colores, chapiteles blancos, acanalados de las dobles pilastras corintias, case-tones interiores de los arcos, ménsulas de las cornisas, medallones, retablos, pavimento, esculturas, cuadros de mosaico que parecen telas que acaban de recibir la última pincelada.

Todo allí es joven, hasta la luz.

Recuerdo que cuando el escultor Fabisch, encargado de interpretar en el mármol la visión que había tenido la niña aldeana de Lourdes en la gruta de Masabielle, pedía á aquella inspiraciones para modelar la estatua de la Virgen, le preguntó, entre otras cosas, qué edad tendría la Señora que había visto. La niña le contestó entonces con sublime ingenuidad: Pero Señor, *la Señora no tenía edad.*

La basilica de San Pedro no tiene edad: es el



simbolo de la eterna juventud y de la amplitud en el tiempo y el espacio de la Iglesia, basada en la Piedra. La eternidad es eso : *posesión perfecta y simultánea de una vida interminable.*

La basilica es, y debía ser, greco-romana, y no gótica. La nitidez de la madre línea griega, que corre por sus arquivadas ó se envuelve graciosa en sus volutas; la grandiosidad de la curva etrusco-romana que esplende en sus bóvedas, son la regeneración, la consagración de la línea y del arte paganos. Ese cuerpo bellissimo de formas que fueron profanas, compenetrado aquí por el espíritu cristiano, es como el cuerpo del hombre que pecó y que, una vez salvado y glorioso, adquiere en la inmortalidad la transparencia, la agilidad, la clarividencia del espíritu libre en su ingénita necesidad de amor. No era posible que la hermosura plástica griega dejara de adaptarse á la hermosura moral cristiana.

Sólo hay dos estilos arquitectónicos : el griego y el ojival. San Pedro es un simbolo de gloria, y el griego es el estilo triunfal; el arco en plena cimbra es nimbo de vencedores.

El templo ojival parece modelado en el molde de un quejido de Job, en el de una lágrima del profeta de las ruinas, en el de un grito de penitencia, de perdón y de esperanza del rey salmista; y alumbrado con la luz de las antorchas del huerto de Getsemaní. La basilica de San Pedro toma su forma

en un verso del Cantar de los Cantares, en uno del libro de Ruth, en el salmo incomparable de la esclava dichosa del Señor al elevar su acción de gracias; y está iluminada por la lumbre del Thabor ó por la de la aurora del sábado, en que oyeron las mujeres el ¡*surrexit!* ha resucitado.

Las venerables basilicas góticas que, en el fondo obscuro de sus ábsides, rompen su vetusto muro con la explosión de luces irisadas de su calado rosetón, son espacios sagrados de nuestra tierra, con vistas al cielo.

El cielo tiene vistas á la nave incomparable de San Pedro.

Parece que acaba de salir de ella, para volver pronto, la banda de grandes seres flotantes y felices creados expresamente para vivir en su ambiente, nadar en su luz, y recorrer sus ámbitos poblándolos de inauditas resonancias.

## ROMA

Déjame escribirte hoy sólo sobre mi día de ayer, que yo quisiera colocar « *nel mezzo del cammin di nostra vita.* »

Su recuerdo morirá conmigo; aún más : creo que conmigo resucitará.

Comenzó en el Vaticano y terminó en el Coliseo.

Por la mañana asistí á la misa del Papa : recibí en ella, de manos de León XIII, el pan eucarístico; hablé después un rato con el Vicario de Jesucristo.

Te imaginarás, pues, el estado de mi alma en ese día.

¿Cómo terminarlo?

Me fui, antes de venir la tarde, al gran anfiteatro romano; me senté entre sus ruinas, y dejé caer sobre ellas y sobre mí el crepúsculo, y la noche, y la luz de la luna, y la soledad gloriosa.

Vamos á ver cómo te hablo algo de todo eso.

Yo no podré describirte la misa de León XIII; tengo sólo en la mente un confuso eco de mis impresiones en ella.

Cuando yo estoy dispuesto á recibir al Dios vivo en las divinas especies, todo lo demás es accidental para mí: accidental es el recibirlo en la más humilde iglesia de aldea, de manos de un pobre sacerdote, ó en una capilla del Vaticano de manos del Vicario de Cristo.

Aún más : si Cristo personalmente me ofreciera el divino Pan que es su cuerpo, y su vida, y su divinidad, siento que mi fe soberana vería también sólo un accidente en la presencia ante mis sentidos del Divino Hijo de Maria, mi Dios y mi Redentor. Dándoseme en esa forma, casi no me concedería más de lo que ya me ha concedido al darme el Pan vivo que está en su tabernáculo, y la fe que está en mi alma.]

Sin embargo, las grandes conmociones de los sentidos ofrecidas á Dios son también un tributo que Él acepta ; y yo le doy gracias por haberme permitido consagrarle la indeleble impresión de ver subir al altar al sumo sacerdote de su ley de gracia ; la de verle ofrecer al cielo la victima inmaculada, y, con ella en las manos, radioso como una aparición entrevista, decirme al presentármela : *Aquí tienes el cordero de Dios; este es el que quita los pecados del mundo.*

Todas las grandes impresiones de la vida se borran, al encenderse en mi mente el recuerdo de esa impresión.

León XIII, alto, pero algo agobiado y muy delgado, muy fino, se alzó del reclinatorio en que oraba, vestido de su sotana blanca y su esclavina, preparándose á reproducir el Eterno Sacrificio. Se lavó las manos al pie del altar y, revestido de las rojas vestiduras de nuestro rito, comenzó la misa. Yo oía por primera vez su voz.

Es clara, enérgica y solemne. Su invocación á la Santísima Trinidad, al alzar la mano hacia la frente para santiguarse, se difundió en medio del mayor silencio. Veinticinco ó treinta personas estábamos en el oratorio, y todas, como yo, esperaban seguramente ansiosas el sonido de su oración.

Siempre he hallado una belleza incomparable, aún artísticamente apreciadas, en las fórmulas de la misa, *alma mater* de las bellezas inagotables de los libros sagrados.

La solemnidad de sus primeras palabras, introducción como ninguna del gran poema eternamente vivo, siempre me eleva el espíritu y me conmueve.

« *Entraré en el altar de Dios* », dice el sacerdote al pie del ara santa, con serenidad de cielo sin nubes sobre el mar. ¡Entraré en el altar de Dios!

Y el pueblo contesta llamando á Dios « *alegría de su juventud* »: Al Dios que alegra mi juventud.

¡Cómo se definen los dos espectadores del gran sacrificio!

El sacerdote que lo anuncia, que avisa al pueblo que va á subir al altar; el pueblo que reconoce al

Dios que espera, y lo reconoce como soberano autor de la alegría pura y santa, de la alegría juvenil!

Eso, que siempre es grande y hermoso, dicho por León XIII resonó en mis oídos como el toque á silencio de un ejército invisible. Sus primeras palabras sonaron como seres vivos: agitaban las alas.

El Papa dice las oraciones lentamente y vocalizando con claridad; su voz tiene ciertas inflexiones, cierto ritmo característico: fatiga de vigorosa ancianidad, solemnidad de sumo sacerdote, dulce amargura, quejido de espíritu agobiado que se desahoga, expansiones enérgicas de consuelo y de esperanza. Parece que, cuando le va á faltar el aliento para terminar una frase, arroja una gran cantidad que tiene comprimido en el pecho, para renovarlo en una fuerte inspiración que le hace alzar la cabeza con movimiento casi convulsivo.

Estoy buscando en vano cómo interpretar con fidelidad, cómo hacerte oír el sonido de la voz del Papa en ese *Introibo ad altare Dei*, en ese *lavabo inter innocentes manus meas*, en ese Evangelio, en ese *sanctificetur nomen tuum* que oí ayer de sus labios, y, sobretudo, en el *Ecce agnus Dei ecce qui tollit peccata mundi*, con el pan de vida en las manos, que, con haber estremecido tantas veces mi alma, jamás había tenido una resonancia igual en el fondo de mi ser.

¡Si yo pudiera hacerte sentir el momento de la